





ALFONSO XII Y  
LA CORONA MALDITA



Nieves Michavila

ALFONSO XII Y  
LA CORONA MALDITA

ÁLTERA

EDICIONES

Primera edición: octubre de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Nieves Michavila

ISBN: 978-84-948886-0-1

ISBN digital: 978-84-948886-1-8

Depósito legal: M-28652-2018

Ediciones Áltera

C/Marcenado 14

28002 Madrid

autores@edicionesaltera.com

www.edicionesaltera.com

Impreso en España

*A mi madre, por su fe ciega en el proyecto de investigación en que nos embarcamos juntas. Gracias mamá, por tu apoyo incondicional a mi trabajo, cuyo fruto no alcanzaste a ver.*

*A mi abuela Concha, por prender en mí la llama de la curiosidad sobre nuestro pasado mediante su incansable testimonio.*

*A mi hermano Carlitos, que apenas tuvo tiempo de ver el libro preliminar a esta novela antes de ausentarse de la vida.*

*A todos aquellos que han sufrido el abuso del poder y han sido privados de la capacidad de elección.*





## ÍNDICE

Introducción .....	11
PRIMERA PARTE.....	13
Capítulo 1 Asesinato.....	15
Capítulo 2 Bajo el yugo de Fernando VII.....	29
Capítulo 3 La maldición.....	47
Capítulo 4 En palacio.....	63
Capítulo 5 Bautizo real.....	73
Capítulo 6 Caídos en desgracia.....	83
Capítulo 7 Fin de Gertrudis.....	101
Capítulo 8 El legado maldito.....	117
Capítulo 9 Indigencia y soledad.....	127
Capítulo 10 Doblegando al absoluto.....	141
Capítulo 11 Federico en el Real Colegio de Artillería.....	159
Capítulo 12 Tras la muerte de Fernando VII.....	169
SEGUNDA PARTE.....	195
Capítulo 1 Vínculos con los Puigmoltó.....	197
Capítulo 2 La maldición tiene un nombre: Alfonso.....	221
Capítulo 3 El secreto.....	233
Capítulo 4 Fotografías.....	251
Capítulo 5 Isabel II y el silencio sobre el asesinato.....	261
Capítulo 6 Todos para uno y uno para todos.....	271
Capítulo 7 Indagaciones de Alfonso sobre su padre.....	289
Capítulo 8 Alfonso y el legado del apellido Puig.....	299

Capítulo 9 Encubrimiento del asesinato del padre de Alfonso XII .....	313
Capítulo 10 Desencuentro de Alfonso XII con sus hermanos .....	321
TERCERA PARTE .....	337
Capítulo 1 Muerte de José Puig Romero .....	339
Capítulo 2 Prim al rastro de Federico .....	351
Capítulo 3 Reto de Federico a Prim .....	365
Capítulo 4 Madrugada del 22 de junio de 1866.....	375
Capítulo 5 Borrado de huellas del asesinato de Federico.....	387
Capítulo 6 Sospechas de Federico .....	395
Capítulo 7 Legado de las hermanas Puig Malo .....	405
Capítulo 8 El secreto de Federico Puig Romaguera .....	417
Epílogo .....	421
Árboles genealógicos .....	423

## Introducción

En 2015 salió a la venta *Voces desde el más allá de la historia*, publicado por Incipit Editores. Escribí este libro de ensayo con el fin de sacar a la luz una historia oculta que logró ser rescatada gracias a las anécdotas preservadas en una familia que sufre, generación tras generación, las consecuencias de su cercanía a Fernando VII. Los hechos derivados del entrecruce entre este monarca y la familia Puig Romero hallan en la hija del soberano absoluto, Isabel II<sup>1</sup>, el relevo que alcanza su punto álgido en la desgracia que marca el fin de su reinado y, más tarde, el fin de la monarquía, con la Primera República.

Como descendiente directa del desconocido presunto padre del heredero de Isabel II, Alfonso XII, fui depositaria de los datos que marcaron mi proceso de investigación, exhaustiva y rigurosa, que toman como base la comprobación de la relación entre la paternidad secreta de Alfonso XII correspondiente a mi tatarabuelo, el coronel de artillería Federico Puig Romero, y su asesinato, acaecido el 22 de junio de 1866.

Ya divulgada esta información, rigurosamente cierta y avalada por una extensa documentación detallada en mi libro, que cuenta con la opinión favorable de la catedrática Isabel Burdiel, llega la hora de contar estos hechos como una novela histórica basada en los resultados de esta investigación, a lo largo de la cual fui conociendo a cada uno de estos antepasados y compartiendo

---

<sup>1</sup> Al final del libro se incluyen árboles genealógicos de la dinastía Borbón y de los ascendientes de la autora (Marinieves).

con ellos sus aciagas experiencias en las que, como descendiente, me involucro. Sus pensamientos y modo de sentir llegan a mí de modo natural, como parte de esta historia, de la cual me siento una prolongación. *Alfonso XII y la corona maldita* pretende ser una fiel reconstrucción de la historia subyacente a estos reveladores datos que por fin lograron emerger. Y los hechos reales de que parte el relato son, por desgracia, muchos más que las situaciones ficticias generadas con el fin de hilar adecuadamente el argumento. Ojalá los hechos más terribles descritos en esta historia fueran una ficción.

# PRIMERA PARTE



## Capítulo 1

### Asesinato

Amalia abrazaba con fuerza a sus hijos Federico y Enrique temiendo que en cualquier momento la puerta fuese derribada. No había tiempo para entender, para buscar explicaciones... ¿Era el final? No podía permitirse llorar ni flaquear. Enrique escondía la cabeza entre el faldón del camión de su madre buscando el refugio que clamaba esa realidad incomprensible pero cierta. Federico, tres años mayor que Enrique, de diez, intentaba aferrarse a las enseñanzas de su padre acerca del valor, hombría y honor propios de un oficial de artillería como el que llegaría a ser. Callaba, parecía no respirar siquiera. Cualquier ruido les delataría. La joven criada Silvestra permanecía agazapada al lado de su señora sin parar de implorar ayuda divina. Un disparo...

Los cuatro se estremecieron. Enseguida comprendieron el trágico alcance de lo ocurrido. Los tres sargentos armados de carabinas que habían irrumpido en la vivienda del coronel Puig y su familia habían hecho blanco.

—Hay que darle el tiro de gracia —gritó uno de ellos.

—No le deis el tiro de gracia. Ha sido muy bueno con nosotros...

Amalia y sus hijos escuchaban espantados lo acontecido al cabeza de familia. Sabían que vivía y no podían auxiliarle. Con el dolor y la impotencia se mezclaba el terror suscitado por las palabras amenazadoras de los sargentos gritando que había que ir a matar

a los niños. Entonces oyeron la voz salvadora del asistente que se interponía entre ellos y la puerta.

—¡Tendréis que matarme a mí primero!

\*

—Pero, ¿por qué?

Marinieves casi no se atrevía a preguntar en voz alta a su abuelita Concha. No quería ver morir de nuevo a su tatarabuelo en su mente infantil que intentaba justificar esta barbarie como algo propio de ser militar. Odiaba por ello a los militares, pese a que su abuelita se sentía tan preciada de provenir de un linaje de militares.

—Esto fue en la rebelión de los sargentos, en el cuartel de San Gil de Madrid. Mi abuelo era coronel.

A sus cinco años Marinieves se esforzaba en comprender aquello. Le gustaban más las historias que contaba su abuelita acerca de que eran veintidós hermanos, algo también difícil de imaginar, aunque su abuelita le aclaraba que morían muchos al poco de nacer. Explicaba cómo llegaron a juntarse tres amas de cría y era tan habitual en su casa la celebración de bautizos como de funerales. Quería comprender todo lo relatado por su abuelita porque le acercaba a su país de origen, España, de la que no tenía recuerdos, al haber llegado a Colombia con menos de tres años.

Le divertían mucho las aventuras de los hermanos de la abuelita, aunque la mayoría tuvo un final trágico. Murieron muchos hermanos jóvenes de tisis, y ella explicaba cómo se expuso a la enfermedad atendiéndoles hasta el último momento. Lloraba al recordarlo. Pero se animaba al evocar a su madre, una mujer menuda, alegre y muy bella que cuidaba mucho su frágil cutis reacio a soportar la temperatura invernal y por ello recurría a bañárselo en leche para hidratarlo. Explicaba cómo todos los días acudía a casa la peluquera a arreglarla, y que solían salir todas las tardes o bien al teatro, a los toros, al circo si hubiera o al cine mudo, que ya empezaba a estar de moda. También se explayaba en detallar los



tres platos que se servían en su casa, y la costumbre de que primero comían los criados y luego ellos. Les habían enseñado a tratar a la servidumbre con respeto y consideración, y esta norma nunca dejó de ponerla en práctica a lo largo de su vida, aunque no siempre se lo agradecían, sino más bien se aprovechaban de su ingenuidad.

Su padre en cambio era muy estricto. Un militar imponente y alto al que ella no se atrevía a sostenerle la mirada. Se refugiaba en su madre, la cual solía tapar las calaveradas de sus hijos y sus deudas de juego, que en alguna ocasión ella sufragó empeñando algunas de sus alhajas para evitar el escándalo y que su marido se enterara. Lo amaba profundamente y conocía la existencia de un pasado sellado por un juramento. Mencionarle a Federico el asesinato de su padre era un tema tabú y procuraba no tocarlo.

Concha y su hermana Carmen eran las pequeñas de la casa y gozaban de especiales atenciones de su madre. Concepción disfrutaba con sus hijas peinándolas y colocándoles sombreritos y lazos distintos cada día. Les enseñaba las manualidades propias de las chicas nacidas en la última década del siglo XIX. Ella misma había bordado en oro un cuadro de la Inmaculada Concepción cuando estudiaba en el colegio de las Clarisas de Molina de Aragón, su tierra natal, en 1869, a los dieciocho.

Marinieves apreciaba los detallados relatos de su abuelita y le gustaba verla sonreír al recordar esos tiempos de gloria y esplendor.

—La reina Isabel II habló con la viuda y los dos niños. A mi padre lo nombró alférez a los trece años. También quería hacerlo con Enrique, mi tío. Mi padre nunca quiso aceptar y le dijo a la reina que estudiaría los años necesarios para no deberle nada.

Las palabras de la abuelita Concha eran acogidas ávidamente por su nieta, que apenas unos meses antes había visto en la televisión cómo un astronauta pisaba la luna por primera vez. Era una época de cambios, de inicio de exploración al espacio. Le atraía inmensamente la posibilidad de llegar a hacerlo algún día y su mente inquieta la llevaba a fantasear sobre las posibilidades del futuro. Sin embargo, esa curiosidad insaciable no se limitaba a épocas ve-

nideras. Con su abuelita tenía la oportunidad de acceder a todo un mundo desconocido perteneciente al pasado. Sus relatos la trasladaban a épocas que no había podido conocer. Intentaba imaginar a esa reina de España preguntándose qué habría sido de ella y del resto de reyes. Un general llamado Franco mandaba en España porque había ganado una guerra civil. La historia de su país le era muy confusa y ansiaba ir allí para que se la enseñaran. Vivían en una república y no había reyes. Pero tampoco en España los había sin ser república... Y el padre de su abuelita se había relacionado con la reina que se mostraba tan bondadosa con su familia. No sería hace tantos años... ¿Quién había sido esa reina Isabel II y por qué en España no mandaba un rey, sino un general?

\*

Isabel II repasaba mentalmente las palabras que tenía que decir mientras la terminaban de peinar y dar los últimos detalles a su arreglo personal sus criadas palatinas expertas en disimular los estragos causados en su reina por las noches de lujuria a que solía entregarse en compañía de los mancebos proporcionados por su grupo de alcahuetas expertas en la caza de servidores nocturnos dispuestos a satisfacer la libido de su señora cuando no estaba disponible el elegido que bajo el nombre de amor desfogaba sus apetencias sexuales, llenando el vacío del tedio impuesto por su vida de reina. No se atenía a horarios y nunca recibía a sus ministros antes del mediodía, cuando se levantaba si había dormido lo suficiente, aunque muchas veces les hacía esperar más tiempo. Vivía principalmente en las noches dándose sus escapadas de incógnito para acceder a lugares no adecuados a la prosopopeya real. A ella le gustaba lo popular y nunca mostró majestad alguna tanto por su forma llana de hablar como por sus escasos modales, propios de una educación descuidada en manos de ayas que dedicaban muy poco a cultivar la inteligencia y mucho al chismorreo y complacencia de la niña regentada con su madre expulsada de España

cuando ella tenía diez años. No fue nunca capaz de escribir más de una frase sin faltas de ortografía y nadie la forzó a estudiar, dejándola totalmente libre de disciplina e iniciándola en los vicios desde temprana edad, logrando sus inductores ejercer poder sobre ella.

En 1866, a sus treinta y cinco años, Isabel parecía tener muchos más debido a su obesidad propiciada en parte por su glotonería auspiciada por sus servidores ansiosos de complacerla y obtener su favor. A esto se unía su historial de múltiples embarazos de los que no se podía achacar responsabilidad alguna a su cónyuge y primo hermano, Francisco de Asís, incapaz de soportar la humillación pública continua de los amantes de turno de la esposa que tanto le costó conseguir mediante las intrigas de su padre, el infante Francisco de Paula, del que siempre se dijo era hijo de Manuel Godoy, favorito de sus abuelos la reina María Luisa y el rey Carlos IV, que llegaron a convertir a Godoy en el hombre más poderoso de España en aquella corte.

Desde pequeño supo Francisco de Asís que su esposa sería su prima Isabel, hija de su tío el rey Fernando VII, muy cercano a su hermano Francisco de Paula, el menor de los hijos del rey Carlos IV y la casquivana María Luisa. La historia parecía repetirse con sus nietos Isabel II y Francisco de Asís, cuya sexualidad siempre quedó en entredicho, contándose en los sumideros que orinaba sentado y recibiendo por ello el apodo de *Paco Natillas*.

Los trabajos de sus padres, el infante Francisco de Paula y Luisa Carlota, se habían iniciado desde que la hermana de esta, Cristina, fuera madre por primera vez, en 1830. Tres años después moriría el rey Fernando VII, pasando Cristina a ser regente de su primogénita Isabel, hermana mayor de Luisa Fernanda. Se iniciaba la primera guerra carlista entre los partidarios del hermano de Fernando VII, Carlos Isidro, y los de la pequeña Isabel II. Francisco de Asís nunca fue aceptado por su prima, que se resistió cuanto pudo a este arreglo matrimonial pactado conjuntamente con la boda de su hermana Luisa Fernanda con Antonio de Orleans, duque de Montpensier. Este último aspiraba a reinar contando con la segu-

ridad de que Isabel II no dejaría descendencia con este cónyuge que no dejaba lugar a dudas de su orientación sexual contraria a la concepción convencional. Pero no imaginaba Antonio de Orleans que su cuñada Isabel recurriría a métodos de fertilización asistida mediante una larga lista de amantes y servidores sexuales que no daban abasto en la tarea de complacer su desacerbado apetito sexual, cumpliendo a la vez su cometido principal de reina: procrear vástagos reales, al menos por la rama materna, puesto que de la paterna poco o nada podía certificarse.

Para Francisco de Asís el comportamiento de su esposa era intolerable. Pactaba con los carlistas con el fin de destruirla y sacar un beneficio a cambio. Vivía conspirando e intentando descubrir la identidad del padre de turno de la prole de la reina. En más de una ocasión se negó a presentar en público al recién nacido para no prestarse a esa pantomima, y tuvo que ser llamado al orden cuando ambos decidieron separarse durante un tiempo que supuso un escándalo inaceptable para la monarquía. Desde entonces tuvieron que acostumbrarse a vivir en ese estado de guerra continua, y ya iban a cumplirse veinte años de esa tortura desde su casamiento, cuando Isabel apenas tenía dieciséis años.

En junio de 1866 los hijos de Isabel II eran: la infanta Isabel, de catorce años, atribuida a José Ruiz de Arana; el príncipe Alfonso, de ocho años, de quien se rumoreó hasta la saciedad que era hijo del oficial de ingenieros Enrique Puigmoltó y Mayans; la infanta Pilar, de cinco años recién cumplidos; la infanta Paz, de cuatro, y la infanta Eulalia, de dos, que se decía que eran hijas de Miguel Tenorio de Castilla. En cuanto al último vástago nacido cuatro meses antes, llamado Leopoldo, no hubo tiempo de hacer conjeturas sobre su progenitor, pues sobrevivió apenas unos veinte días.

Los azules y fríos ojos de Isabel poseían un extraño influjo sobre el blanco de su mirada, que parecía atravesar con descaro al blanco de sus apetencias. Sus criadas revoloteaban por el salón dando un último toque al cancán de su vestido y disimulando el escote de sus abultados pechos para que luciera regia, pero a su

vez sencilla en esta entrevista que iban a realizar con la viuda y huérfanos del coronel de artillería Federico Puig Romero. Se había acordado llamarles a palacio para demostrarles todo el apoyo y protección que merecían después del terrible crimen del que habían sido testigos. En esto no hubo la menor dificultad para que ella y el rey consorte se pusieran de acuerdo. En realidad iniciaron sus acuerdos dos años antes en lo relativo a estrechar relaciones con su primo carlista Carlos Luis, convertido poco después en su amante secreto. Mientras se terminaba el recogido de su cabello, a lado y lado de su perenne raya al medio, escribía raudamente una nota que su dama de confianza se encargaría de hacerle llegar: «Carlos Luis de mi vida, toma mis besos. Te esperan muchos más». Justo a tiempo. Ya entraba en el aposento Paco Natillas luciendo impecable un traje blanco a medida. Cuidaba mucho su menuda figura que tenía la prestancia de la que carecía en absoluto Isabel. Sus facciones agradables y correctas, con bigote de moda que le confería un aire señorial y atractivo, eran acompañadas de finos modales y esmerada forma de hablar que dejaba a la vista su alto nivel cultural, como buen lector que era. El contraste ejercido con su prima y esposa era más que notorio al emparejarse para dirigirse juntos a la sala de audiencias con la solemnidad que el caso requería. Lo habían ensayado varias veces y tenían muy claro cuál era el papel que debían desempeñar en esta entrevista con la familia del difunto coronel Puig acompañada por el primo hermano de este, Félix Martín Romero, esposo de la nieta del valido Manuel Godoy.

El primero de julio toda la prensa de España recogía la noticia de esta entrevista producida apenas una semana después de la terrible jornada del 22 de junio de 1866 que ensangrentó las calles de Madrid tras iniciarse la sublevación de los sargentos de artillería contra sus jefes en el cuartel de San Gil, muy cercano a palacio, donde era coronel del 5º regimiento de artillería Federico Puig Romero. El diario oficial no aportó ningún detalle sobre cómo habían ocurrido las muertes de él y otros seis oficiales de artillería. Mientras se esperaba la versión oficial que nunca llegó, los periódicos

iban dando las noticias que llegaban sobre estas muertes. Y sobre Federico Puig Romero se iban publicando diferentes versiones a lo largo de los días, ninguna coincidente con los hechos que habían vivido junto a él su esposa e hijos, que debían callar y acatar lo que el gobierno les había asegurado acerca de la conveniencia de que se divulgara una muerte heroica, en medio de la sublevación y en su puesto, en lugar de saberse que había sido asesinado con alevosía y premeditación en su casa, sin armas y sin opción a nada. Habían dado su promesa y la cumplirían. Y la reina también lo haría, puesto que se había publicado en toda la prensa cómo derramaban lágrimas ella y Francisco de Asís por la terrible suerte del malogrado coronel Puig. La viuda del coronel Puig conseguiría duplicar su pensión y sus hijos serían protegidos especialmente por la reina para que siguieran la carrera de artillería, de acuerdo a los deseos de su padre. La presencia de Félix, primo hermano materno del coronel Puig, pesó también al hallarse emparentado con la familia de Manuel Godoy, quién sabe si abuelo del rey consorte.

Amalia Romaguera intentaba aferrarse a esta esperanza de sacar adelante sus hijos contando con la protección real, pero no podía quitarse de la mente las palabras amenazadoras de los sargentos decididos a matar a los niños. ¿Por qué? Desde hacía tiempo se sabía que la situación era crítica y de un momento a otro se iba a realizar el movimiento revolucionario del que el gobierno estaba avisado. El general Leopoldo O'Donnell, presidente del gobierno y ministro de la guerra, había advertido a su esposo Federico de la inminencia de los hechos y se tomaban el máximo de precauciones. Pero cómo prever que irían a su casa, donde se hallaba con su familia, a matarle a sangre fría. Aunque hubieran contado esta versión desde el principio nadie les hubiera creído. Los sargentos defendían ideales lícitos de libertad y no eran asesinos. El cuerpo de artillería siempre se había caracterizado por la obediencia, el honor, el buen trato a los subordinados, el respeto a los jefes... Y además, Federico se había portado muy bien con ellos: siempre una palabra amable, sin hacerles sentir inferiores pero haciendo

notar su autoridad, aceptada por el respeto que inspiraba su calidad humana y rectitud... ¿Por qué alguien querría matarle? ¿Y por qué el gobierno ponía especial empeño en ocultar este crimen y hacerlo parecer parte de la sublevación? ¿Solo por favorecerles? Quería convencerse de ello, pero algo dentro de sí misma se negaba a aceptarlo. ¿Y la reina? Su mala fama no encajaba con tanta generosidad hacia su familia. En eso puede que pesara la influencia familiar ligada a palacio desde que la madre de Federico, Gertrudis, fuera azafata de la segunda esposa del rey Fernando VII, padre de la actual reina. Sobre esta etapa Federico nunca quería hablar. Citaba únicamente la muerte prematura de su padre, el militar de infantería Vicente Puig, cuando él tenía tres años, quedando su madre viuda con siete hijos más el embarazo póstumo. Y nueve años después la muerte de su madre, apenas a los cuarenta, y casada en segundas nupcias con el sobrino del secretario de cámara del infante Antonio Pascual, tío de Fernando VII, Antonio Guillelmi. El nexo de Federico a los palaciegos Guillelmi siempre se mantuvo y propició que su primo Félix terminara casándose con la nieta del valido Godoy, vinculado estrechamente a la saga Guillelmi. Sí, todos esos nexos a la realeza pesaban sobre la reina. No había otra razón para que pusiera tanto interés en ayudarles, llegando a utilizar parte de su propia asignación para compensar a los huérfanos con una pensión. ¿Pero quién mandó matar a Federico? ¿Por qué el gobierno tapaba las auténticas circunstancias del asesinato desde el primer momento?

Su débil corazón se resentía cada vez que arremetía el terrible recuerdo del disparo, el golpe en el suelo del cuerpo de su marido, su agonía, el pánico de sus hijos y de ella misma... Oír cómo se lo llevaban a rastras... Las terribles horas que pasaron encerrados hasta que terminó el tiroteo expandido a todo el cuartel al poco de producirse el asesinato de Federico... La irrupción del general Serrano, encargado de asaltar el cuartel de San Gil hasta someter a los sublevados que se resistieron alcanzando las buhardillas en la trampa mortal de la que no tenían salida... Serrano les atendió y

confortó, llamando hermano al coronel Puig, prometiendo vengar su muerte y haciéndoles callar sobre lo que habían visto porque no convenía... El general Serrano había sido director de artillería tiempo atrás y Federico le contaba anécdotas de aquella etapa de su amistad con Serrano, el primer favorito conocido de la reina...

A sus treinta y ocho años Amalia parecía mucho mayor. Su excesiva delgadez y la sencillez de su arreglo personal competían con las canas que sin impedimento alguno avanzaban terreno en el sencillo peinado recogido sin la menor muestra de coquetería. Era la mayor de sus hermanos y cumplió con el cometido de ser buena esposa y hacer un buen matrimonio, con un oficial de artillería, lo más distinguido de la corte, que además tenía vínculos palaciegos. Su padre, el regente de la Audiencia Territorial de Cataluña, adinerado y culto, aceptó sin rechistar este compromiso propiciado por su estrecha amistad con el ministro Luis Mayans, abuelo materno del compañero de Federico con quien había trabado amistad: Rafael Puigmoltó y Mayans. El pobre había muerto de cólera ya hacía doce años. Su hermano, Enrique, heredaría lo correspondiente al primogénito. ¿Sería el padre del príncipe Alfonso como se decía por ahí? Federico le exigía discreción en ese punto, pues la amistad entre el padre de Amalia, Joaquín Romaguera, y el político Luis Mayans, no debía enturbiarse por este espinoso tema. Siempre citaba esto a medias, como si confirmara esa paternidad correspondiente a su amigo, pero rehuyendo ahondar en ello. A veces incluso parecía ser quien sacara el tema, para luego zanjarlo con cualquier excusa. Si Federico lo admitía, es que el oficial de ingenieros Enrique Puigmoltó y Mayans era el padre del príncipe Alfonso, el heredero de la reina. El futuro rey de España hijo del amigo de su difunto marido... No se atrevió a mencionar nada de esto a la reina cuando se entrevistó con ella, ni estaba para pensar en ese asunto en momentos tan terribles en que se decidía el futuro de sus hijos, que ya nunca podrían contar con la protección del cabeza de familia. Ella debía ser fuerte y soportar el sufrimiento que la atenazaba. Sus hijos eran lo que más importaba...





\*

—¿Y qué pasó después?

La abuelita Concha no dejaba su labor de ganchillo mientras su nieta la escuchaba sin perder detalle de cuanto decía, sumergiéndose en ese viaje a otra época a que la conducía la anciana Concha, nostálgica de España después de tres años desde su venida. Cierto que así estaba más cerca de los hijos que habían emigrado primero, pero se seguía sintiendo extraña en un país que no era el suyo. Quizá por ello se aferraba a sus tiempos gloriosos haciéndolos llegar a su nieta, ansiosa por saber más de la tierra de la que no había logrado atesorar recuerdos. Le contaba todo cuanto ella consideraba importante de su historia familiar, transmitida como un legado a las futuras generaciones. Percibía el asesinato de su abuelo Federico como algo que había llegado a ella por un motivo importante y desconocido, sintiendo el deber de transmitir esa historia para que no se perdiera en el olvido de los tiempos. Ella se había enterado por la sirvienta que había acompañado a su abuela Amalia Romaguera cuando ocurrió el asesinato. Su padre jamás habló de esto y la única vez que se atrevió a preguntarle le quitó las ganas para siempre ante la áspera reacción que mostró con su pequeña hija cuando preguntó inocente sin esperar la fulminante mirada de su padre haciéndola callar; desde entonces no se atrevió a mirarle nunca a los ojos.

—Mi padre se casó con mi madre, Concepción, en Molina de Aragón, donde yo nací.

—¿Los veintidós nacisteis allí?

—No. Luego nos trasladamos a Zaragoza, más adelante a Teruel y finalmente a Valencia.

Marinieves no conseguía imaginar tantos hijos en una sola casa.

—¿Cabíais todos?

—Morían muchos al poco de nacer. Mi padre siempre decía que se había arruinado entre tanto bautizo y entierro. Llegaron a haber en casa tres amas de cría al tiempo. Y otros...



Temblaba la voz de la abuelita mientras brotaban imparables lágrimas empañando sus gafas y recorriendo los surcos de su rostro enmarcado por cabello totalmente encanecido. Menuda y de rasgos amables, de mirada escudriñadora y agilidad única en las manos para todo tipo de manualidades, se mostraba siempre alegre y dicharachera excepto cuando hablaba del triste final de la mayoría de sus hermanos, que rondaron los treinta, antes de caer víctimas de la tuberculosis. Todos altos, como el padre. Ella, al igual que su hermana menor Carmen, las dos pequeñas de la casa, habían heredado de su madre la corta estatura.

Imaginaba al padre de su abuelita alto como ella le describía, con una terrible mirada que helaba la sangre, y con un montón de niños muertos mientras nacían otros. Y a esos hermanos que lograron llegar a adultos aún más altos...

—¿Y le llegaba el sueldo para tantos?

—Fue militar pero se retiró después de casarse. Más adelante trabajó en Hacienda, pero eso fue después de bastantes años. Supongo que cuando la herencia se le iba acabando. En cambio, mi tío Enrique siguió la carrera militar y llegó a general de brigada. Se casó con una mujer muy distinguida. Yo asistí a la boda en Madrid, con mi hermana Carmen. Tenía un ropero impresionante, todo de París.

—¿Tu tío Enrique no tuvo hijos?

—No. Se casó ya casi a los sesenta. Nunca olvidaré ese viaje a Madrid, cuando estuvimos su casa. Me encantó conocer a su esposa. Era muy elegante y simpática.

El tío Enrique de quien hablaba la abuelita Concha era el menor de los hijos de ese abuelo asesinado por los sargentos. Marinieves reflexionaba acerca de lo poco que había faltado para que ninguno hubiera sobrevivido. Ella no existiría ni estaría hablando con su abuelita en ese instante.

—¿Y cómo se salvaron tu papá y tu tío Enrique?

—El asistente de mi abuelo protegió la puerta y dijo que antes tendrían que matarle a él. No se atrevieron a pasar.

Marinieves se preguntaba por qué no se habían atrevido con el asistente y sí con el coronel. No entendía nada, pero sí que todo eso les pasaba a los militares. Menos mal que el padre de su abuelita había abandonado la carrera militar. La imagen de su tatarabuelo desangrándose frente a los autores del atroz crimen la estremecía. ¿Por qué ese destino tan triste? No quería preguntar más a su abuelita sobre eso, pues le hacía daño rememorar esa espantosa escena. Su especial sensibilidad le hacía revivir esos instantes como si ella fuera testigo de aquello que tan vívidamente relataba su abuelita una y otra vez, para que quedara retenido en su memoria. Era la única fiel receptora de Concha, la cual volcaba con ímpetu esos hechos que deberían seguir vivos por el sentimiento de una irracional fuerza que le imponía este ancestral deber.

